

EL DIARIO DE ANA FRANK

El «Diario de Ana Frank» es obra para ver, para sentir y para pensar. Apenas importa que haya tenido críticos y comentaristas abundantes en España y en el extranjero. No es para menos. Pero el impacto, la conmoción interna que lleva consigo, no puede ser transmitida sino incorporándose al drama y vivirle en toda su crudeza, como un testigo más.

Basado en hechos reales que no admiten deformación ni réplica —la persecución desencadenada contra los judíos por los racistas alemanes—, el «Diario de Ana Frank» no es, ni pretende ser otra cosa, mas que lo que es: el diario de una niña de clara inteligencia y enorme sensibilidad, acrecentadas ambas por la mutación silenciosa que se opera en esa niña al dejar de serlo. Transición brusca, cambio radical de perspectivas, prodigio anímico y biológico este que la pequeña Ana Frank experimenta sin ver la luz del sol y en un cargadísimo ambiente de incertidumbre. Por ello, el diario es como un registro. Sobre un fondo blanco de candidez, sobre una pantalla límpida, sobre un alma candorosa y entusiasta que se siente vivir, se van trazando implacablemente los signos de una fenomenología extraña, violenta, anómala desde su raíz.

Todo —y esto es lo incomprensible para Ana, y para cualquiera que tenga el corazón en su sitio— porque unos hombres se dedican a acosar y a exterminar, como a una plaga dañina, a otros hombres, a otras personas, entre las que se encuentran su padre, su familia, ella misma, todos quienes conviven forzosamente en aquellas sórdidas «habitaciones de atrás», auténtica prisión del alma en que el ser estalla y enloquece.

El mundo, mientras, ¿dónde está el mundo?, ¿dónde está el colegio, el hogar, las amigas, los libros? ¿Dónde está el sosiego, el afecto... el amor, sí, también el amor? Todo puede estar aquí, pero que hay que crearlo. Todo eso que se llama mundo, antiguo escenario de infancia con sus impresiones tibias, con sus efusiones gratas, ha desaparecido, según todos los síntomas, en la vorágine del fuego y de la sangre. En su lugar se ha instaurado otra imagen distinta, angulosa, quebradiza, donde los hombres se agazapan en actitudes de acecho y de temor.

Ana Frank empieza a saber. Sabe con certeza muchas cosas e intuye otras. Las interrogantes, las mudas y sombrías interrogantes que inquietan los ánimos y ateñazan la espontaneidad, encuentran casi siempre una lúcida respuesta, rociada de humor estimulante, por parte de Ana. Parece que todo gravita sobre el delicado soporte espiritual de esta muchachita de trece años, y que la resistencia, el equilibrio, no van a romperse nunca.

El fantasma del horror, del horror in-

senso que campea fuera, es repelido una y otra vez, aunque vaya agotándose la reserva de esperanzas. Sólo Ana alienta. Ana que, pese a su clarividencia, sigue sin entender que los hombres tengan que ser así: alimañas carniceras husmeando el rostro de la presa, asesinos por vocación y por deber, ejecutores de consignas feroces, fanáticos sin remisión de cosas tan volátiles, tan huidizas. Nada de esto daba Ana por seguro en su conciencia limpia y en su corazón tierno. Ya sabemos que se equivocó, que su vida, breve y luminosa, se apagó en un campo de concentración. Pero ahí está su diario.

T. S.



LIBROS

LA PAZ EMPIEZA NUNCA

Emilio Romero, el conocido periodista, ha ganado el premio Planeta de 1957, con su novela «La Paz empieza nunca».

Al terminar de leer la obra galardonada, momentáneamente nos asalta el pensamiento de que quizás el autor había compuesto un relato autobiográfico, pero pronto salimos de nuestro error. En realidad, la acción de la novela de Romero, es una sucesión de hechos reales y vividos, pero no autobiográficos: esta es una distinción, aparentemente paradójica, necesaria y todavía pendiente de concretar claramente.

«La Paz empieza nunca», aunque no lo parezca, es un relato de postguerra: de la nuestra. La acción comienza en el año 1930 y termina en el de 1950. A lo largo de las cuatrocientas páginas del libro, se plantea un problema: más de la primera mitad, es una exposición de antecedentes y el establecimiento de las premisas primordiales.

Las cien últimas páginas, prietas de contenido, aportan una solución que más bien, parafraseando la definición de las leyes económicas, podríamos llamar tendencia hacia una solución. En esta última parte hay que distinguir entre el puro contenido ideológico y la acción: el primero, es de nuestro agrado; la segunda, francamente, no.

Lo que más nos ha agradado: los once últimos renglones, y las ideas que se aportan en las quince primeras páginas, anteriores a la presentación del protagonista, López; un hombre como hay muchos, y ese es el mayor elogio que podríamos hacer. Sencillamente magistral, ecuaníme y sincero, el relato de las incidencias sucedidas en el Madrid de 1936; hechos que vivió en su adolescencia

NOTAS

Más sobre la crítica

No acabamos de entender, por mucho que se nos insista, todo eso de «crítica constructiva» y «crítica destructiva». En nuestra humilde experiencia de las cosas —y no por humilde, ineficiente—, hemos llegado a la comprobación de que toda crítica, honradamente ejercida, lleva consigo un germen inatacable de disolución.

Partiendo de tal premisa, si reconocemos justo y hasta necesario un esfuerzo de constructividad que, en tal caso, ya no podría acogerse sustancialmente a la denominación de crítica. Es ésta siempre una faena previa, preparatoria, en la que cabe, desde luego, matizar y, sobre todo, discernir la calidad del objetivo y su extensión para no salirnos de su órbita.

Y esto que, en términos balísticos, pudiera llamarse «objetivo exacto», tiene, quiérase o no, que salir mal parado, tundido, disuelto o extirpado. Es a partir de entonces, no antes, cuando nos obligamos moralmente a restituir a su lugar verdadero muchos conceptos barajados con premura, y por ende, sujetos a incoherencia.

Procuraremos, pues, que en los solares allanados por la crítica vuelva a alentar el signo de la creación, y no se nos conviertan, con el hábito, en el vertedero de nuestros residuos mentales.

quien redacta estos renglones y de cuya veracidad y sentido da fe.

De entre los personajes secundarios, hay que hacer resaltar cinco tipos diferentes, magníficamente descritos: la madre de López, Carmina, Paula, Lucía y Pura. Quizás demasiado de una pieza, pero en realidad así somos la mayoría de los españoles; y las mujeres, mucho más.

No obstante, nos parece que la postura del autor es demasiado sensiblera ante la presencia en la ficción de la tusona de turno y su presunta segunda vida; nuestra literatura, oscila entre la defensa apasionada y el ataque despiadado; sin términos medios. Pero en último extremo, preferimos esta primera postura a la radicalmente opuesta: hay que comprender en su justo medio a la humanidad doliente —que no por pecadora es menos doliente—. Al fin y al cabo, dicen que el dolor proviene del pecado, y el amor es dolor y a veces, también es pecado; y todos hemos amado y tenemos que implorar el perdón de nuestras culpas. La humanidad es amor, pecado, dolor, engaño, arrepentimiento... Ante todo debemos ganar con esfuerzo y dolor el derecho a nuestra propia perseverancia, y conceder generosamente a los demás la posibilidad del arrepentimiento. Y la penitencia de Paula, fué corta, pero terrible: esa Paula que nunca ha sido ni será la madre de nuestros hijos, pero a la que recordaremos siempre con un sentimiento que oscila entre la conmiseración, el orgullo del dominio y la humildad de la lección que de ella recibimos.

Y mujeres como Paula hay muchas, aunque su nombre no se escriba con cuatro letras figuradas.

F. E.